

El fracaso de una vida

Amparados á la media sombra de un frío atardecer de noviembre, y mientras se llegaban á nosotros los ayes de las campanas, heridas siempre por las mismas manos del campanero y á esa misma hora del ángelus—frente á su escritorio de trabajo donde los libros, unos empolvados y en estivas y otros abiertos como en un prolongado bostezo de pereza, denotaban el abandono de los últimos días—mi buen amigo, á quien un fraternal acercamiento había transformado en hermano, comenzó á hablarme así:

Ya lo ves!... Todo tiene su límite. En el marchar inexorable del tiempo por el árido desierto de la vida, hoy, mañana, después, para todo llega su hora, y la de decir ¡basta! á esta infamante existencia de pesadumbres ha sonado ya.

(Y cuando así me hablaba, sus ojos tenían la aparente calma de un lago abandonado, y su frente parecía un gran pétalo de azucena.)

Cómo me he quedado de solo! Los cariños que embellecieron casta y compasivamente muchas horas de mi éxodo á la morada del silencio, me han abandonado, al tiempo que los más crueles desengaños han herido despiadadamente mi alma de soñador.

Mi carácter libertario no es para esta época en que triunfan y pasean enseñoreados los más vergonzosos mercantilismos, y se yerguen en actitud altanera las mentiras hipócritas y las hipocresías mentirosas; en que la palabra no responde al sentimiento, y en que perece, náufrago en un mar de insolentes injusticias, el que tiene la osadía de gritar al paso del carro triunfal de una desvergüenza, al conjuro de su espíritu honrado.

Por frente á mí han pasado, en un gesto de carnaval, los que fingieron ofrendar conmigo flores de sinceridad ante el santuario de un cariño, y conmigo caminaron cortos trechos para reír después de mi candorosa que creyó en el triunfo de la verdad

sobre las actuales mentiras y en la sinceridad de los hombres. Los he visto pasar por frente á mí atados á la carlanca de sus claudicaciones, en marcha hacia la conquista del triunfo fácil.

Mi vida, como un callejón que va á desembocar al calvario de todas las crucificaciones, se me angosta cada día más; y allá en el límite donde la vista alcanza, está siniestramente oscuro.

Los que tengan, como tú y yo, un carácter rebelde y una voluntad honrada, están propensos á la derrota, ya que no pueden prestar el concurso de su brazo ni de su cerebro, á estas farsas inícuas en que triunfan la mala fe que hiere entre las sombras y la vileza que se arrodilla.

La labor realizada por todos los valientes pensadores en la difusión de la verdad ha logrado tan poco! Al que no logran domar en la adusta fuerza de sus rebeldías y de sus valerosas altiveces, las turbas inconscientes, por ignorantes, le hacen tomar la cicuta como á Sócrates, ó lo enclavan en una cruz como á Cristo en el calvario; y aquellas simientes fuertes y pujantes que llevaban en sí una ingénita fuerza de regeneración, han caído, como las de la parábola, sobre piedras de indiferencia ó de desprecio.

A despecho de todas esas hermosas teorías que han brillado cual fúlgidas estrellas en la negrura de nuestro horizonte, seguirá reinando un Nicolás de Rusia que tiraniza impiamente á ciento veinte millones de infelices que sienten, día tras día, el escozor del látigo sobre sus espaldas; el capital seguirá pesando, como yugo opresor sobre la cerviz del proletariado irredento; y el fanatismo seguirá triunfando en su obra de odios y venganzas entre las sombras de ignorancia que lo engendran.

Pero, escucha, argüíle yo que hasta entonces había permanecido absorto ante el desfile de sus amargas realidades; por qué hablas hoy así de esa manera, como al influjo de una tremenda